

Burbuja

*Maritza Moreno Santillán**

Siempre imaginamos que el año 2000 marcaría la historia mundial. Se hablaba del “Efecto 2000” y el mundo entero se estremeció días antes de celebrar el nuevo siglo. Sonaron las doce campanadas aquí y allá y no hubo caos tecnológico, tampoco lo más temido: el colapso del sistema bancario. Nadie nos dijo que sería más bien el año 2020 el que quedaría inscrito en la memoria de la humanidad. Del cielo cayeron burbujas que iban aprisionando al que tocaban. Eran invisibles pero una vez dentro era casi imposible salir de ellas. No es que apretaran, no... es que obligaban a vivir encapsulados. De a poco, uno se iba acostumbrando.

A vuelo de pájaro se veía a la gente caminar algo separada a fin de evitar el choque de las burbujas. Nos convertimos en una especie de huevos saltones y evitábamos a toda costa chocar entre nosotros. La idea de colapsar era aterradora pues respirar fuera de las burbujas se volvió imprudente y casi imposible. Obligada por las circunstancias, he cuidado de mi burbuja de la mejor manera, aunque a veces me olvido de cómo hacerlo pese a que vive improntada en mí. Nunca me voy a acostumbrar a ella y es un alivio que al llegar a casa se active en modo pausa.

Un día amanecí de malas. Aunque la luz del día asomaba, la oscuridad entraba en mí. Todo era molestia. Haberme despertado, mi día, mi casa. El mundo en general. Hojeé la novela que estaba leyendo pero en menos de un segundo aventé el libro al sentir que era incapaz de concentrarme. Encendí la radio y giré el botón sintonizador que recorrió las estaciones de pe a pa sin que nada atrapara mi atención. Le grité al perro de la casa de enfrente “¡Ahhh! ¡Ya cállate!” cuando

* Freelancer. Licenciada en Diseño para la Comunicación Gráfica por la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. Correo electrónico: [maritzamore.santillan90@gmail.com].

le ladró al motociclista que acostumbra pasar a diario, como a eso de las seis de la mañana, y acelera cada vez que escucha al animal azotarse contra el portón. No sé quién es, dónde vaya o de dónde venga, pero conozco esa rutina suya y el ruido desvencijado de su moto.

Antes de que cayeran las burbujas la calle era más ruidosa y yo no prestaba atención a los transeúntes, inmersa más bien en mi día a día. Ahora, la rutina ha cambiado, la casa está casi muda. El día que amanecí de malas, hasta el canto de los pájaros me molestaba. Sentía que gritaban sin ton ni son. Sorprendida por mi intolerancia quise hallar la causa. Salí de mi recámara con el mayor sigilo. Tenía que evitar a toda costa encontrarme con quien fuera, porque sabía que iba a descargar mi mal humor con un comentario soez que me causaría arrepentimiento apenas lo hubiera espetado. Las burbujas nos aislaban del exterior pero no nos protegían ni de nosotros mismos ni de los habitantes de nuestra casa.

Salí a la calle y mi burbuja se activó. Enfilé cuesta arriba. Necesitaba cansarme físicamente para ir apagando el mal humor. Deambulé durante un lapso prolongado por las calles casi desiertas. Los jardines de las casas lucían descuidados. Las plantas desbordaban las bardas de manera salvaje, en total asimetría. A ellas nadie las tomó en cuenta, y siguieron creciendo. Tuvieron suerte, mucha suerte porque conocieron otro tipo de burbujas que en nada se parecían a las que cayeron del cielo. Las otras, es decir, las burbujas de jabón, eran sublimes; nos hacían soñar y reír cuando las perseguíamos al vuelo, mientras que ellas con presunción nos dejaban entrever sus colores tornasolados. De cuando en cuando, se dejaban tocar hasta que súbitamente estallaban, o se posaban en una planta y en un mano a mano ambas trataban de eclipsar sus bellezas. Eran burbujas de magia y felicidad. De pronto me vino a la memoria el recuerdo de lo lindas que lucían las calles antes de que fuéramos encapsulados. En aquel entonces, se respiraba vida en vez de miedo, había libertad de movimiento. Hacía más de un año que el mundo estaba encapsulado. Las economías cayeron, la gente con hambre siguió hambrienta y los que perdieron al proveedor de la familia, ahora también tenían hambre. Era un desastre encapsulado.

Poco a poco fui aclarando mi mente y descubrí la causa de mi mal humor. Era culpa de mi memoria que me hizo recordar la vida de antes. Mi burbuja tiene la culpa, a leguas noto que está mal fabricada porque me ha forzado a comportarme diferente, y mi yo es ahora un yo de miedo. ¿Pero y el anterior? ¡Imposible borrarlo así como así! No quiero borrar mi memoria, porque entonces ¿qué me va a definir?, ¿qué va a conformar mi todo y mi nada? Ella es responsable de mi pasado, de mi placer y de mi llanto; ella me recuerda lo que no quiero olvidar pero también lo que no quiero recordar.

Ahora necesito borrar mis historias de proximidad porque encapsulada como estoy me resulta imposible volver a tenerlas. La burbuja me ha arrebatado el cariño espontáneo con mi familia. Ya no puedo besar a los míos como antes... no más porque sí. Se acabaron los abrazos sorpresa que nos desarmaban ante el otro, los que nos arrancaban alguna sonrisa y nos daban, en parte, sentido de pertenencia en este mundo. Mis amigos se han convertido en hologramas; son pixeles que se mueven en la pantalla del celular o de la *laptop*. Escucho su voz a través de las ondas que reproduce mi teléfono y es como si de pronto fueran anónimos, están sin estar. Extraño las miradas de complicidad que intercambiábamos, los silencios que hablaban y que todo decían. Añoro su simple presencia. Echo de menos el calor humano.

Amanecí de malas, muy de malas, y es porque quiero devolver mi burbuja pero he comprendido que no hay devoluciones. Y es que la burbuja no desactivó mi memoria. Desde hace un año sé que no volveremos a vivir el mundo igual. Las ciudades ya no sonrían y quizá no vuelvan a hacerlo. Comeremos, disfrutaremos y tendremos miedo del miedo, del otro y de nosotros mismos encapsulados.

No me queda más que tratar de encapsular mis recuerdos en la memoria para que nunca olvide el calor y el olor del otro. Para tener presente que alguna vez tuve miedo, sí, pero de un peligro real mas no imaginario, invisible.

Tengo miedo, mucho miedo, de olvidar cómo convivir con los demás. Empiezo a acostumbrarme al aislamiento de mi burbuja, aunque de pronto mi memoria me juega malas pasadas y me hace

extrañar las charlas espontáneas en las filas cotidianas o en un café. Extraño el ruido del patio de la escuela cercana a casa. Se ha quedado mudo. Los niños ya no juegan en el parque y han tenido que aprender a vivir de otra manera.

Siento tristeza al pensar en los que han muerto en soledad, encapsulados. Eso pasaba en las novelas pero jamás creí que pasaría en la vida real. Imaginar que desde que nos cayeron las burbujas, perder a alguien es complicado porque el duelo se vive estando encapsulado, me provoca escalofríos. Los abrazos se acabaron y dejaron huérfanos a los lamentos. La muerte se tornó aún más fría. Ahora, morimos diferente.

Estoy de malas, muy de malas, porque hoy mi corazón decidió sacar lo que guardó en el fondo y mi memoria fue quien lo instó.

Fecha de recepción: 22/08/21
Fecha de aceptación: 02/09/21